

In memoriam

ALBERTO MORENO

(1922-1999)

*“Lleno de mérito,
pero poéticamente vive el hombre”*

Hölderlin

El 2 de mayo murió Alberto Moreno, quien fuera miembro del Consejo Asesor de nuestra Revista. Sus restos descansan aquí entre nosotros, en Santa Fe. Apenas podemos acallar los sentimientos ante el alejamiento sin retorno de nuestro amigo. En la perplejidad de la despedida se impone no obstante traspasar el silencio a fin de recuperar la memoria.

Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, fue profesor de grado y de posgrado en instituciones educativas nacionales y extranjeras. Publicó libros, ensayos y traducciones en nuestro país y en el exterior siempre interesado por problemas concernientes a filosofía del lenguaje, lógica y filosofía de la ciencia. Esto no lo circunscribió a una exclusiva y excluyente línea de trabajo. En sus últimos años, dió rienda suelta a un interés muy profundo que seguramente lo acompañaba desde sus inicios. Sin renunciar a los aportes de una formación rigurosamente analítica, había comenzado a escuchar las voces provenientes de otros campos semánticos: el discurso de ficción, la literatura, el arte en general, le posibilitaban pensar antiguas cuestiones desde una perspectiva más amplia. Este desplazamiento –ahora de la mano de Cavell, Goodman y Borges- atenuaba las duras fronteras entre la

“ciencia estricta” y la creatividad expresiva de la totalidad de la experiencia humana. Se dejó llevar. Se entregó a ello dispuesto a revisar las certezas y convicciones más profundas. No temió quedar desguarnecido. No se privó del desafío de volver a plantearse preguntas. No renunció a pensar.

Alberto Moreno tenía la particular virtud de perturbar el horizonte intelectual de quienes lo leían, de quienes lo escuchaban. De conversación llana, directa y renuente a la vacuidad de los formalismos académicos, impartía su palabra más atento al efecto que provocaba que a la exactitud erudita de la fidelidad a los textos. Transgresor y “dilettante”; curioso y afable; discudidor empedernido y lector “sin márgenes”. Presentaba a los autores, remitiendo la diversidad de sus momentos a ese núcleo de sentido donde la experiencia vital se hace una con el deseo de saber, donde todo está en juego, donde el filósofo se convierte en esa *rara avis* que no deja de interrogar e interrogarse, inquieto y renuente a aceptar las condiciones de la propia finitud.

Alberto Moreno nos dejó aprender. Lo hizo provocativamente, estimulando la lectura metódica y la confrontación sistemática. Sus colegas, sus alumnos y los muchos amigos que ha dejado, llevarán siempre consigo el recuerdo de una personalidad cuyas disposiciones desbordaban con creces lo que normalmente corresponde a una vida erudita. Rigor y esfuerzo, apertura y dedicación, bondad y honradez, han configurado su naturaleza hasta convertirla en el perfil de una figura modélica para quienes lo conocimos. Respetuoso. Digno. Maestro.

Dejar de hablar *de* él, para hablarle *a* él.

Alberto Moreno. Desde el fondo del corazón y con la lucidez del recuerdo vivo de su paso entre nosotros...gracias.

Nos ha dejado un poco más solos.

Nos ha dejado un poco más sabios.

Con la alegre inocencia de la admiración.

Con la dulce calidez de una amistad para siempre.

Adiós.

Diana María López